

¿Es posible incentivar la lectura en los jóvenes?



Por Michelle Cazar y Diego Grijalva
(michelle_cazar123@hotmail.com; dgrijalva@usfq.edu.ec)

Una de las grandes preocupaciones de los padres y profesores es el desempeño académico de sus hijos y estudiantes. Investigaciones recientes han demostrado que leer por placer está altamente correlacionado con un mayor aprendizaje. En Inglaterra, Sullivan y Brown (2013) muestran que esta actividad se relaciona con mejores puntajes en vocabulario y ortografía, así como en matemáticas.

De igual forma, según el National Endowment for the Arts (2007) en Estados Unidos, las personas que leen por placer tienen un mejor des-

empeño académico. Han evidenciado además que las personas que leen mejor tienen una mayor probabilidad de estar empleados, tener trabajos de más alto nivel y mejor remunerados, realizar más horas de trabajo voluntario y votar. Es decir, que leer repercute no solo en los individuos que practican esta actividad, sino en la sociedad en general. Sin embargo, también muestran que el nivel y la habilidad de lectura han disminuido en las últimas décadas (National Endowment for the Arts, 2007). Surge entonces la pregunta: ¿qué incentivos son apropiados para promover la lectura?

Lamentablemente, la efectividad de los incentivos en la educación varía mucho. Por ejemplo, Jackson (2007) demuestra que en Texas, un programa que ofrecía incentivos monetarios tanto a profesores como alumnos por aprobar los exámenes AP (Advanced Placement), contribuyó positivamente a una mejoría en el desempeño de los alumnos en sus pruebas SAT/ACT, e incrementó el número de estudiantes matriculados en universidades. (Los exámenes AP permiten, a los alumnos que los aprueban, revalidar en la universidad materias tomadas en el colegio).

De igual forma, Levitt, List, Neckermann y Sadoff (2012) señalan que tanto los incentivos financieros como no financieros tuvieron un efecto positivo en el desempeño de los estudiantes en Chicago. En contraste, otros estudios encuentran un efecto solamente para ciertos grupos demográficos o para ciertas asignaturas. Angrist y Lavy (2008) proveen evidencia de que los incentivos pecuniarios en colegios de bajo rendimiento en Israel lograron aumentar la tasa de certificación (requisito para matricularse en estudios de tercer nivel) en chicas de secundaria, mas no en chicos.

Bettinger (2010), en un estudio realizado en Ohio, concluye que los incentivos monetarios lograron mejorar las calificaciones correspondientes a las pruebas de matemáticas, pero que no tuvieron efecto alguno en las de comprensión lectora, ciencias sociales, entre otras. Finalmente, Levitt y colegas (2012) muestran que los incentivos no pecuniarios mostraban un efecto mucho más fuerte en los más jóvenes,

Estos resultados son interesantes ya que ponen en duda la efectividad de los programas que pretenden incentivar la lectura.

y que los mayores necesitan incentivos pecuniarios mucho más altos para que respondan positivamente.

La diversidad en las conclusiones de estos estudios motivó a Guryan, Kim y Park (2015) a realizar un análisis experimental que permitiera encontrar para qué grupos y bajo qué circunstancias son útiles los incentivos en educación. Estos autores asignaron aleatoriamente a alumnos de escuela, de alrededor de 10 años, a tres grupos diferentes: el de control, el del proyecto READS, y el del proyecto READS con incentivos (El programa READS provee libros a alumnos durante el verano, de acuerdo a su interés y habilidad lectora).

Tanto en el segundo como en el tercer grupo, los estudiantes recibieron 10 libros vía e-mail a lo largo del verano. La diferencia fue que en el último grupo se les ofreció la posibilidad de acceder a ciertos premios en función de la cantidad de libros que habrían leído (en el grupo de control, los alumnos recibieron la misma cantidad de libros pero al finalizar el verano).

Adicionalmente, se midió la motivación de cada estudiante al iniciar el programa. El objetivo era descubrir si los incentivos tenían un mayor efecto sobre aquellos alumnos con una motivación más baja. Los incentivos tuvieron un efecto mucho mayor sobre aquellos estudiantes que estaban inicialmente más motivados. Además estos, a diferencia del resto, demostraron una mejoría en las calificaciones de comprensión lectora tanto a corto como a mediano plazo. Es decir, en este caso los incentivos para la lectura tuvieron un mayor efecto sobre las personas que menos los necesitaban.



Los padres tienen que ser capaces de crear un ambiente agradable y positivo para realizar esta actividad. Deben ver la lectura como un medio de entretenimiento, y ser capaces de transmitir esta perspectiva a sus hijos.

Las limitaciones observadas en estos estudios dan cuenta de la necesidad de motivar la lectura a una edad temprana, de tal forma que se pueda desarrollar una motivación intrínseca hacia la lectura.

Estos resultados son interesantes ya que ponen en duda la efectividad de los programas que pretenden incentivar la lectura. Por un lado, muchos de ellos probablemente estén mal diseñados ya que se enfocan más en la cantidad que en la calidad. Es decir, se centran en el número y no en el tipo de libros al que los estudiantes tienen acceso.

Por otro lado, el grupo al que, en teoría, están direccionados este tipo de incentivos (aquellos estudiantes que tienen una baja motivación y son más propensos a no invertir en su capital humano) son los que menos responden. Además, muchas veces no se hace un seguimiento de estos programas para evaluar los efectos que han tenido y hasta qué punto han cumplido con sus objetivos.

Podemos extraer dos conclusiones principales de esta breve revisión: 1) Cualquier política orientada a incentivar la lectura o el acceso a la educación debe ser evaluada de forma continua y consistente, es decir, usando métodos experimentales de evaluación de impacto como en el caso de Guryan, Kim y Park, 2015; y 2) Las limitaciones observadas en estos estudios dan cuenta de la necesidad de motivar la lectura a una edad temprana, de tal forma que se pueda desarrollar una motivación intrínseca hacia la lectura.

Los padres tienen que ser capaces de crear un ambiente agradable y positivo para realizar esta actividad. Deben ver la lectura como un medio

de entretenimiento, y ser capaces de transmitir esta perspectiva a sus hijos. Es así como estos podrán valorarla e incrementar gradualmente su motivación (Baker, 2010; Strommen & Mates, 2004).

De esta forma, respondiendo a la pregunta planteada en el título de este artículo, la lectura sí se puede incentivar, pero mejor si los padres, principalmente, la asumen como una tarea con sus hijos desde una edad temprana. Intentar hacerlo más tarde es mucho más costoso y tiene efectos limitados. En conclusión, la motivación intrínseca para leer se genera de forma gradual empezando en la niñez.

Referencias

- Angrist, J. & Lavy, V. (2008). *The effects of high stakes high school achievement awards: Evidence from a randomized trial*. Massachusetts Institute of Technology. Obtenido el 28 de julio de 2015 de <http://economics.mit.edu/files/3427>.
- Baker, L. (2010). The role of parents in motivating struggling readers. *Reading & Writing Quarterly: Overcoming Learning Difficulties*, 19(1), 87-106, DOI: 10.1080/10573560308207.
- Bettinger, P. (2010). *Paying to learn: The effect of financial incentives on elementary school test scores*. National Bureau of Economic Research Working Paper 16333. Obtenido el 28 de julio de 2015 de <http://www.nber.org/papers/w16333.pdf>.
- Guryan, J., Kim, J., & Park, K. (2015). *Motivation and Incentives in education: Evidence from a summer reading experiment*. National Bureau of Economic Research

Working Paper No. 20918. Obtenido el 28 de julio de 2015 de <http://www.nber.org/papers/w20918.pdf>.

Jackson, C.K. (2007). *A little now for a lot later: A look at a Texas advanced placement incentive program*. Cornell University, School of Industrial and Labor Relations. Obtenido el 28 de julio de 2015 de <http://digitalcommons.ilr.cornell.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1070&context=workinpapers>.

Levitt, S., List, J., Neckermann, S., & Sadoff, S. (2012). *The behavioralist goes to school: Leveraging behavioral economics to improve educational performance*. National Bureau of Economic Research Working Paper 18165. Obtenido el 28 de julio de 2015 de <http://www.nber.org/papers/w18165.pdf>.

National Endowment for the Arts. (2007). *To read or not to read: A question of national consequence*. Research Report #47. Obtenido el 29 de julio de <http://arts.gov/sites/default/files/ToRead.pdf>.

Strommen, L.T. & Mates, B.F. (2004). Learning to Love Reading: Interviews with Older Children and Teens. *Journal of Adolescent and Adult Literacy*, 48(3), 188-200.

Sullivan, A. & Brown, M. (2013). *Social inequalities in cognitive scores at age 16: The role of reading*. CLS Working Paper 2013/10. London: Centre for Longitudinal Studies. Obtenido el 30 de julio de 2015 de <http://www.cls.ioe.ac.uk/page.aspx?&sitesectionid=939&sitesectiontitle=Recent+working+papers>